

VIII

Por el pronto no vió a nadie. Por la parte de afuera la lluvia caía nuevamente, una lluvia menuda, tenaz. La iglesia le pareció por completo gris. Pasó por detrás del altar mayor y se adelantó hasta el púlpito. En medio de la nave no se veían más que escaños dejados en el mayor desorden por los muchachos del catecismo. El péndulo del reloj oscilaba sordamente en todo aquel vacío. Entonces bajó para llamar en las maderas del confesonario, que distinguía al otro extremo. Mas al pasar por delante de la capilla de los Difuntos, encontróse con el padre Mouret prosternado al pie del gran Cristo bañado en sangre. No se movía, y sin duda debía de creer que la Teuse ponía orden en los bancos, detrás de él. Albina le puso la mano sobre el hombro.

—Sergio—le dijo,—vengo por ti.

El sacerdote alzó la cabeza con la palidez de la muerte y se estremeció. Permaneció de rodillas y se santiguó, con los labios todavía balbucientes con su plegaria.

—He estado esperando—prosiguió la joven.—Cada mañana, cada tarde, miraba para ver si venías. He contado los días, y por último no he contado ya nada. Han pasado semanas... Entonces, cuando me he persuadido de que no irías, yo misma he venido, yo. Y me he dicho: "Me lo llevaré." Dame las manos, vámonos.

Y le tendía las manos como para ayudarle a levantarse. El volvió a santiguarse y continuó orando, mirándola. Había calmado el primer estremecimiento de su cuerpo. En la gracia que le inundaba desde por la mañana, como baño celestial, obtenía fuerzas sobrehumanas.

—Este no es el lugar de usted—le dijo con gravedad.—Retírese... Está usted agravando sus sufrimientos.

—No sufro ya—replicó con una sonrisa.— Me siento mejor, estoy curada, puesto que te veo... Escucha, me hacía más enferma de lo que estaba, para que se viniese por ti. Ahora quiero confesarlo. Esto es como aquella promesa de partir, de dejar la comarca, después de haberte encontrado... tal vez no te habrás imaginado que habría sabido mantenerla. Pues bien, antes te habría llevado sobre mis hombros... Los demás no saben; mas en cuanto a ti, bien te consta que ya no me es posible vivir, sino en tus brazos.

Y volvía a considerarse feliz, y se le acercaba con caricias de niña inocente, sin fijarse en la rígida frialdad del sacerdote. Impacientóse y batió alegre las palmas, gritando:

—Vamos, decídete de una vez, Sergio. Nos haces perder un tiempo precioso. No se necesitan tantas reflexiones. Que te llevo conmigo, ¡pardiez! es lo más sencillo. Si quieres no ser visto, nos iremos por el Masle. El camino no es muy cómodo, mas yo he venido sola por él; siendo dos, nos ayudaremos uno a otro... Conoces el camino, ¿verdad? Atravesamos el cementerio, bajamos a orillas del torrente, y después no tenemos más que seguir su curso hasta llegar al jardín. ¡Y qué bien está uno en su casa, allá abajo, en el fondo! Allí no hay nadie, allí no hay sino malezas y hermosos cantos rodados. El lecho del río está casi seco. Al venir, pensaba: "Cuando esté conmigo, andaremos poquito a poco, abrazándonos..." Vamos, despacha. Te espero, Sergio.

El sacerdote parecía no oír ya. Había vuelto a sumirse en sus oraciones, pidiendo al cielo el valor de los santos. Antes de empeñar la lucha suprema, armábase de las centelleantes espadas de la fe. Por un instante tuvo miedo de flaquear. Había necesitado un heroísmo de mártir para dejar sus rodillas pegadas a la losa, en tanto que cada palabra de Albina le llamaba; su corazón iba hacia ella, toda su sangre se sublevaba, le arrojaba a sus brazos, con el deseo irresistible de besar sus cabellos. Albina, con sólo el aroma de su aliento, había despertado y hecho pasar en un segundo los recuerdos de sus ternuras, el gran jardín, los paseos bajo las arboledas, la alegría de su unión; pero la gracia le bañó con su rocío más abundante; no fué sino el tormento de un instante lo que le vació la sangre de las venas; y nada de humano permaneció en él. Ya no era más que la cosa de Dios.

Albina tuvo que tocarle de nuevo en el hombro. Inquietábase y se exasperaba cada vez más.

—¿Por qué no respondes? No te puedes negar, vas a seguirme... Piensa que me moriría si te negases. Pero no, eso no es posible. Haz memoria. Estábamos juntos y no debíamos separarnos jamás. Y veinte veces te diste. Decíasme que te tomase todo entero. que tomase tus miembros, tu aliento, tu vida... No lo he soñado, no. No hay una parte de tu cuerpo que no me hayas entregado, ni uno sólo de tus cabellos de que no sea dueña. Tienes una señal en el hombro izquierdo, la he besado y me pertenece. Tus manos son mías, las he tenido estrechadas en éstas durante días enteros. Y tu rostro, tus labios, tus ojos, tu frente, todo es mío, de todo he dispuesto para mis caricias... ¿No me oyes, Sergio?

Y se alzaba ante él, soberana, extendiendo los brazos. Y repitió en voz aun más alta:

—¿No me oyes, Sergio? ¡Eres mío!

Entonces, lentamente, el padre Moutet se levantó y acercóse al altar, diciendo:

—No, usted se equivoca; yo soy de Dios.

Rebosaba de serenidad. Su rostro se parecía al de un santo de piedra, no alterado por calor alguno subido de las entrañas. Caíale la sotana en rectos pliegues, a modo de negro sudario, sin dejar traslucir nada de su cuerpo. Albina retrocedió a la vista del sombrío fantasma de su amor. No encontraba su abundante cabellera, su seductora barba. Ahora, en mitad de sus cabellos recortados, distinguía una pálida mancha, la tonsura, que la inquietaba, como un mal desconocido, como una llaga maligna, que había tomado allí cuerpo para comerse la memoria de los días felices. Ya no conocía ni sus manos en otro tiempo tibias de caricias, ni su flexible cuello tan sonoro con sus risas, ni sus nerviosos pies, cuyo rápido andar llevábale al fondo de las enramadas. ¿Era, pues, aquel joven de acerados músculos, con el desnudo cuello dejando ver el vello del pecho, el cutis tostado por el sol, las espaldas vibrantes de vida, y en cuyos brazos había vivido durante una estación? Ahora parecía no tener ya carne, el pelo habíasele caído vergonzosamente, toda la virilidad se desvanecía bajo aquel traje de mujer que le dejaba sin sexo.

—¡Oh!—murmuró,— me causas miedo... ¿Me has tenido por muerta, cuando te has puesto de luto? Quitaté esa ropa negra, ponte una blusa. Te remangarás las mangas y pescaremos cangrejos... Tus brazos eran tan sonrosados como los míos.

Había llevado la mano a la sotana como para desgarrar la tela. Sergio la rechazó con un ademán, mas sin tocarla. Mirábala y se fortalecía contra la tentación, sin apartar de ella la vista. Parecíale que había crecido. No era ya la muchacha de los ramilletes silvestres, lanzando al viento sus risas de bohemia, ni la enamorada vestida con blancas sayas, cimbreado su delgada cintura y retardando su apasionado andar tras de los setos.

Ahora un tenue vello de fruta sombreaba su labio, sus caderas se movían en libertad y su seno mostraba la expansión de la flor entreabierta. Era mujer, con su prolongado rostro, que le prestaba un aspecto de fecundidad. En sus dilatados costados dormía la vida. En sus mejillas, a flor del cutis, se transparentaba la adorable madurez de su carne. Y el sacerdote, envuelto y todo en aquel apasionado aroma de mujer formada, revestíase de amarga alegría al desafiar la caricia de su sonrosada boca, la risa de sus ojos, la atracción de su seno, la embriaguez que se desprendía de ella al menor movimiento. Llevaba su temeridad hasta el extremo de buscar con la mente en su cuerpo aquellos sitios que tan locamente besó en otro tiempo, sus ojos, sus labios, sus sienes, suaves como el raso, su nuca de ámbar, sedosa como el terciopelo. Nunca, ni en el propio cuello de Albina, había saboreado las felicidades que experimentaba martirizándose, mirando frente a frente aquella pasión a que se negaba corresponder. En seguida tuvo miedo de ceder a algún nuevo lazo que le tendiese la carne. Bajó los ojos y dijo con dulzura:

—No puedo oirla a usted aquí. Salgamos si es que usted desea acrecentar los dolores de ambos... Nuestra presencia en este sitio es un escándalo. Nos hallamos en la casa de Dios.

—¿Quién es Dios?—exclamó Albina, enloquecida, convertida nuevamente en la gran muchacha abandonada en plena naturaleza.—Yo no le conozco, a ese tu Dios, no quiero conocerle, si te roba a mí, que nunca le hice mal alguno. Salimos con que mi tío Jeanbernat tiene razón cuando dice que tu Dios es una invención de maldad, una manera de asustar a la gente y de hacerla llorar. Mientes, ya no me amas, tu Dios no existe.

—Está usted en su casa—repitió el padre Mouret con fuerza.—Usted blasfema. Con un sólo soplo podría reducirla a usted a polvo.

La joven soltó una soberbia carcajada. Levantó los brazos, como desafiando al cielo.

—¡Es decir—dijo,—que prefieres tu Dios a mí! Lo tienes por más fuerte que yo... Te figuras que te amaré más que yo... ¡Vaya! no eres más que un niño. Déjate de tonterías. Vamos juntos a volvernos a nuestro jardín, a amarnos, a ser felices, a ser libres. Esto es la vida.

Aquella vez había logrado cogerle por la cintura, y lo arrastraba; mas él, estremeciéndose, pudo desprenderse de sus brazos; volvió a adosarse contra el altar, olvidándose de sí mismo, y tuteándola como en otro tiempo.

—Vete—balbuceó.—Si todavía me amas, vete... ¡Oh, Señor, perdónala, perdóname, si profanamos tu casa. Si atravesase la puerta tras ella, tal vez la seguiría. Aquí, en tu casa, me siento fuerte. Haz que me quede. Aquí, en tu casa, me siento fuerte. Haz que me quede aquí, defendiéndote.

Albina permaneció un instante silenciosa. Después, con voz más sosegada:

—Bien está, no nos movamos de aquí... Quiero hablarte. Tú no puedes ser malo. Me comprenderás. No me dejarásirme sola. No, no te defieras. No volveré a cogerte, ya que esto te hace mal. Ya ves, no puedo estar más tranquila. Vamos a hablar con toda calma, como cuando nos perdíamos y cuando no buscábamos el camino, para hablar por más tiempo.

Sonrióse y prosiguió:

—En cuanto a mí, nada sé. El tío Jeanbernat me prohibía venir a la Iglesia. Decíame: "Animal, ya que tienes un jardín, ¿qué irías a hacer a una casucha, en donde se ahoga la gente?" He crecido muy contenta. Miraba los nidos, sin tocar los huevos. Ni siquiera cogía las flores, por temor de ensangrentar las plantas. Ya sabes que nunca cogí un insecto para atormentarlo... Entonces ¿por qué Dios habría de estar irritado contra mí?

—Fuerza es conocerle, rogarle, rendirle a cada

momento los homenajes que le son debidos—contestó el sacerdote.

—¿Y eso te satisfaría, verdad?—repuso la joven.—¿Me perdonarías y seguirías amándome? Pues bien, yo quiero cuánto tú quieres. Háblame de Dios, en él creeré y llegaré a adorarle. Cada una de tus palabras será una verdad que escucharé de rodillas. ¿Tuve alguna vez pensamiento alguno que no fuese el tuyo?... Reanudaremos nuestros largos paseos, me instruirás y harás de mí lo que mejor te plazca. ¡Oh! ¡consiente, te lo suplico!

El padre Mouret le señaló la sotana.

—No puedo—dijo sencillamente; soy sacerdote.

—¡Sacerdote!—repitió Albina, cesando de sonreír.—Sí, el tío afirma que los sacerdotes no tienen ni mujer, ni hermana, ni madre. Luego es verdad... Pero ¿por qué viniste? Tú fuiste quien me tomó por tu hermana, por tu mujer... ¿Mentías, pues?

El padre Mouret levantó su pálido rostro, del que se desprendía angustioso sudor.

—He pecado—murmuró.

—Yo—continuó Albina,—cuando te vi tan libre, creí que ya no eras sacerdote. Pensé que todo había terminado, que vivirías incesantemente allí, para mí, conmigo... Y ahora, ¿qué quieres que haga, si te llevas toda mi vida?

—Lo que hago yo—contestó;—postrarnos, morir de rodillas y no levantarnos hasta que Dios perdona.

—¿Luego eres un vil?—repuso la joven, pastosa otra vez de la cólera y con los labios despreciativos.

El sacerdote vaciló y guardó silencio. Un sufrimiento horrible le oprimía la garganta; mas permanecía más fuerte que el dolor. Mantenía la cabeza erguida, y se sonreía casi, con sus labios temblorosos. Albina, con su mirada fija, le desafió por un momento. Después, con nuevo arrebató, gritó:

—¡Eh! contesta, acúsame, di que he sido yo quien fué a tentarte. ¡Sería el colmo!... Anda, te permito que te excuses. Puedes pegarme; preferiría tus golpes a tu rigidez de cadáver. No tienes ya sangre. ¿No has oído que te he llamado vil? Sí, lo eres, no debías amarme, puesto que no puedes ser hombre... ¿Es por ventura tu negro traje lo que te estorba? Quítatelo; cuando te encuentres sin él, tal vez hagas memoria.

El sacerdote, con toda quietud, repitió las mismas palabras:

—He pecado y no tengo excusa. Hago penitencia por mi falta, sin espera de perdón. Si me arrancase el hábito, arrancaría mi carne, pues me he dado a Dios por entero, con mi alma, con mis huesos. Soy sacerdote.

—¡Y yo, y yo!—gritó por última vez Albina.

Sergio no bajó la cabeza.

—Seanme contados tus sufrimientos como otros tantos crímenes; véame eternamente castigado por el abandono en que te debo dejar. Será muy justo... Por indigno que sea, no dejo de rogar por ti todas las noches.

Albina se encogió de hombros, con desaliento profundo. Su iracundia decaía; sentíase casi tocada de compasión.

—Estás loco—murmuró.—Quédate con tus oraciones. A ti es a quien yo quiero... Nunca me comprenderás. ¡Eran tantas las cosas que tenía que decirte! Y te encuentro siempre ahí haciéndome montar en cólera, con tus historias del otro mundo. Vamos a ver, pongámonos ambos en razón. Esperemos a hallarnos más tranquilos. Volveremos a hablar... No es posible que yo me vaya de este modo. No puedo dejarte aquí. Por hallarte aquí es por lo que apareces como muerto, con las manos tan frías, que no me atrevo a tocarle... No hablemos más. Esperemos.

Callóse y dió algunos pasos. Examinaba la reducida iglesia. La lluvia continuaba llevando a los

crisales su chorrear de fina ceniza. Una claridad opaca, llena de humedad, parecía mojar las paredes. De fuera no llegaba más ruido que el monótono zotar del aguacero. Los gorriones debían de haberse agazapado bajo las tejas, el serbal erguía sus delgadas ramas, anegadas en la polvareda de agua. Dieron las cinco, arrancadas golpe tras golpe del cascado seno del reloj; luego el silencio se extendió más aún, más sordo, más ciego, más desesperado. Las pinturas, apenas secas, daban al altar mayor y a las maderas una limpieza triste, el aspecto de una capilla de convento, en donde el sol no penetra jamás. Una lamentable agonía henchía la nave, salpicada con la sangre que corría de los miembros del gran Cristo; al paso que, a lo largo de las paredes, las catorce imágenes de la Pasión ostentaban su drama atroz, pintarrajeado de rojo y amarillo, sudando horror. Era la vida que allí agonizaba, en aquel repeluzno de muerte, en aquellos altares semejantes a sepulcros, en medio de aquella desnudez de cueva fúnebre. Todo hablaba de degüello, de tinieblas, de terror, de anonadamiento, de la nada. Una postrera nube de incienso se extendía, semejante al último y dolorido aliento de alguna difunta, ahogada por envidia bajo las losas.

—¡Ah!—dijo por último Albina.—Qué bien se estaba al sol, ¿te acuerdas? Una mañana, caminábamos a lo largo de un seto de grandes rosales, era a la izquierda del jardín. Me acuerdo del color de la hierba; era casi azul, con ondulaciones verdes. Así que llegamos al extremo del seto, volvimos atrás; por tal modo el sol nos ofrecía olor tan suave. Y éste fué, en aquella mañana, todo nuestro paseo, veinte pasos hacia adelante, veinte hacia atrás, un rincón de felicidad, del cual no querías salir. Las abejas zumbaban; un abejaruco no se apartó de nosotros, saltando de rama en rama; enjambres de animalillos, rodeándonos, se dirigían a sus asuntos. Tú murmurabas: “¡Cuán

buenas es la vida!” La vida eran las hierbas, los árboles, las aguas, el cielo, el sol, en el cual todos éramos rubios, con cabelleras de oro.

Pareció soñar un instante y después continuó:

—La vida era el Paradou. ¡Cuán inmenso nos parecía! Nunca sabíamos encontrarle el fin. Las frondosidades se perdían en el horizonte, en libertad, con mugido de olas. ¡Y qué de azul sobre nuestras cabezas! Podíamos crecer, volar, correr como las nubes, sin tropezar con más obstáculos que ellas. El ambiente nos pertenecía.

Detúvose y señaló con un ademán las paredes resquebrajadas de la iglesia.

—Aquí te encuentras como en una sepultura. No podrías extender los brazos sin despellejarte las manos en la piedra. La bóveda te oculta el cielo, te roba tu parte de sol. Tan estrecho es esto, que los miembros se te envaran como si estuvieses acostado vivo bajo la tierra.

—No—dijo el sacerdote,—la iglesia es grande como el mundo. Dios está en ella todo entero.

Con un nuevo ademán, Albina señaló la cruz, los Cristos agonizantes, los suplicios de la pasión.

—Y vives en medio de la muerte. Las hierbas, los árboles, las aguas, el sol, el cielo, todo muere en torno tuyo.

—No, todo revive, todo se purifica, todo asciende al manantial de la luz.

Habíase erguido, con resplandor en sus ojos. Dejó el altar, invencible para en adelante, abrasado con tan pura fe, que menospreciaba los peligros de la tentación. Cogió la mano a Albina, la tuteó como a una hermana y la condujo ante las dolorosas imágenes del camino de la Cruz.

—Ahí tienes—le dijo,—lo que mi Dios ha sufrido... Jesús es azotado. Mira sus desnudas espaldas, su desgarrada carne, y su sangre correr hasta abajo... Jesús coronado de espinas. Sangrientas lágrimas se deslizan por su martirizada frente. Una enorme herida le ha hendido la sien... Jesús in-

sultado por los soldados. Sus verdugos le han echado por irrisión un guñapo de púrpura al cuello y llenan su rostro de salivazos, le abofetean y le hunden a cañazos la corona en la frente.

Albina volvía la cabeza para no ver las imágenes toscamente iluminadas, en las que heridas hechas con laca, cortaban las carnes, pintadas con ocre, de Jesús. El manto de púrpura parecía, pendiente de su cuello, un jirón de su desollada carne.

—¿Para qué padecer? ¿Para qué morir?—exclamó Albina.—¡Oh, Sergio! ¡Si te acordases!... Decíame aquel día que te sentías fatigado. Y yo sabía bien que mentías, porque el tiempo era fresco y no habíamos andado más de un cuarto de hora. Mas era que querías sentarte para cogerme en tus brazos. Había, bien lo sabes, en el fondo del vergel, un cerezo plantado a la orilla de un arroyuelo, ante el cual no podías pasar sin sentir la necesidad de besarme las manos, con besitos que me ascendían por los hombros hasta llegarme a los labios. La época de las cerezas había pasado y te me comías los labios. Las flores que se marchitaban nos hacían llorar. Un día que encontraste una curruca muerta sobre la hierba, te quedaste muy pálido y me estrechaste contra tu pecho, como para impedir que la tierra se apoderase de mí.

El sacerdote la llevaba ante las demás estaciones.

—¡Cállate!—exclamaba.—Sigue mirando y escuchando. Es preciso que te prosternes de dolor y de piedad... Jesús sucumbe bajo el peso de la cruz. Agria es la subida al Calvario... Ha caído de rodillas... Ni siquiera enjuga el sudor de su rostro, vuelve a levantarse y continúa la subida... Jesús sucumbe de nuevo bajo el peso de la cruz. A cada paso, vacila. Esta vez cae de costado, con violencia tal, que permanece un instante sin aliento. Sus desgarradas manos han soltado la cruz. Sus doloridos pies dejan en pos de sí sangrientas huellas. Un terrible desfallecimiento le agobia, pues lleva sobre sus hombros los pecados del mundo...

Albina había mirado a Jesús, con sayo azul, tendido sobre la desmesurada cruz, cuyo negro color contrastaba con el oro de su aureola. Después, con la vista extraviada, murmuró:

—¡Oh, senderos de las praderas!... ¿Perdiste ya la memoria, Sergio? ¿No conoces ya los caminos de fina hierba, que se deslizan a través de los prados, entre las grandes extensiones de verdura? La tarde de que te hablo, no habíamos salido sino por una hora. Después anduvimos siempre hacia adelante, en tal medida que las estrellas aparecían, cuando todavía seguíamos andando. ¡Era tan suave aquella alfombra sin fin, flexible como la seda! Nuestros pies no tropezaban ni con una sola pedruzuela. Habríasela tenido por un mar verde, cuya musgosa agua nos mecía. Y sabíamos muy bien a dónde nos llevaban aquellos senderos tan suaves que no conducían a parte alguna. Llevábanos a nuestro amor, a la alegría de vivir, cogidos de la cintura, con la incertidumbre de un día de felicidad... Nos volvimos sin cansancio; tú te sentías más ligero que a la partida, porque me habías dado tus caricias y porque yo no había podido devolvértelas todas.

Con sus manos trémulas de angustia, el padre Mouret señalaba las últimas imágenes. Balbuceaba:

—Y Jesús es clavado en la cruz. A martillazos los clavos entran en sus abiertas manos. Un solo clavo basta para los pies, cuyos huesos crujen. Y él, en tanto que su carne se estremece, sonríe y dirige sus miradas al cielo... Jesús se halla entre los dos ladrones. El peso de su cuerpo agranda horriblemente sus heridas. De su frente, de sus miembros mana sudor de sangre. Ambos ladrones le injurian, los que pasan se mofan de él, los soldados se reparten sus vestiduras. Y las tinieblas se extienden, y el sol se oculta... Jesús muere en la cruz. Lanza un gran grito y entrega el espíritu. ¡Oh, muerte horrible! el velo del templo quedó

desgarrado en dos, de arriba abajo; tembló la tierra, las piedras se hendieron y se abrieron los sepulcros.

Había caído de rodillas, con la voz entrecortada por los sollozos, con los ojos clavados en las tres cruces del calvario, en donde se retorcián los lívidos cuerpos de los ajusticiados, que el rudo dibujo descarnada horriblemente. Albina se puso delante de las imágenes, para que él dejara de verlas.

—Una tarde—dijo,—durante un largo crepúsculo, había puesto la cabeza sobre tus rodillas... Fué en la selva, al extremo de aquella gran avenida de castaños, que el sol poniente enfilaba con su último rayo. ¡Oh, qué despedida más amorosa! El sol se retardaba a nuestros pies, como diciéndonos "hasta la vuelta", con sonrisa de amistad y de cariño. El cielo palidecía lentamente. Yo te decía, riendo, que se desprendía de su traje azul y que lo cambiaba por el negro con flores de oro, para ir de sarao. Tú acechabas la obscuridad, impaciente por hallarte solo, sin el sol que nos molestaba. Y no era aquello la noche que se echaba encima, era una dulzura discreta, una velada de ternura, un rincón de misterio, semejante a uno de esos obscurísimos senderos, bajo las umbrías, en las que se penetra para ocultarse un instante, con la seguridad de encontrar, al otro extremo, el gozo del pleno día. El crepúsculo, en aquella tarde, traía aparejada en su serena palidez, la promesa de una espléndida mañana. Entonces, fingí dormirme, viendo que la claridad no desaparecía con toda la ligereza que habría sido de tu gusto. Ahora te lo puedo decir, nó dormía cuando me besabas los ojos. Saboreaba tus besos y me contenía para no reír. Era mi aliento algo regular que tú bebías. Después, cuando llegó la noche, aquello fué como un prolongado arrullo. Los árboles, para que lo sepas, no dormían más que yo... En la noche, bien te

acuerdas, las flores exhalaban una fragancia más penetrante.

Y como el sacerdote permaneciese de rodillas, con el rostro inundado de lágrimas, Albina le cogió de las manos, levantándole y repuso apasionadamente:

—¡Oh! si supieses, me dirías que te llevase, atarías los brazos a mi cuello para que no pudiese irme sin ti... Ayer quise volver a ver el jardín, es más grande, más profundo, más insondable; encontré nuevos aromas, tan suaves que me hicieron llorar; encontré en las avenidas lluvias de sol que me bañaban en un estremecimiento de deseo. Las rosas me hablaron de ti, las alondras admirábanse al verme sola; todo el jardín suspiraba... ¡Oh! ven, nunca las hierbas ostentaron lechos más muelles. Marqué con una flor el ignorado sitio a donde te quiero llevar; se halla en el fondo de un matorral, es un agujero de verdura tan espacioso como un gran lecho. Desde allí óyese vivir el jardín, con sus árboles, sus aguas, su cielo. Hasta la misma respiración de la tierra nos mecerá... ¡Oh, ven, nos amaremos en el amor de todo.

Pero él la rechazó. Había vuelto a la capilla de los Muertos, enfrente del gran Cristo de cartón pintado, de la estatura de un niño de diez años, que agonizaba con espantosa realidad. Los clavos imitaban el hierro, las heridas permanecían abiertas, atrocemente desgarradas.

—Jesús, que moriste por nosotros—exclamó,— ¡Háblale de lo efímero de nuestra existencia! Dile que somos polvo, inmundicia, condenación! ¡Ah! permitidme, Señor, que cubra mi cabeza con un cilicio, que ponga mi frente a vuestros pies, que permanezca allá inmóvil, hasta que la muerte me pudra. La tierra dejará de existir; extinguirás la luz del sol. Ya no veré, no sentiré, no oiré. Nada de este miserable mundo vendrá a apartar mi alma de vuestra adoración.

Y se exaltaba cada vez más; dirigióse hacia Albina, con las manos levantadas:

—Tenías razón; la muerte es quien está aquí, la muerte que yo quiero, la muerte que libera, que salva de todas las podredumbres... ¡Oyes! niego la vida, la rechazo, escupo sobre ella. Tus flores hieren, tu sol ciega, tu hierba produce la lepra a quien en ella se tiende, tu jardín es un muladar en donde se descomponen los cadáveres de las cosas. La tierra suda la abominación. Mientes cuando hablas de amor, de luz, de vida bienhadada, en el fondo de tu palacio de verdura. No hay allí más que tinieblas. Tus árboles destilan un bebedizo que trueca a los hombres en animales; tus enramadas están negras con el veneno de las víboras; tus ríos, arrastran la peste bajo sus aguas azules. Si arrancase yo a tu naturaleza su ropaje de sol, su cinturón de follaje, veríasla repugnante como una furia infernal, con costillas de esqueleto, corroída toda por los vicios... Y hasta cuando dijese la verdad, aun cuando tus manos rebosaran de goces, aun cuando me llevaras a un lecho de rosas para darme en él el ensueño del paraíso... me defendería con mayor desesperación aun, contra tu abrazo. Es la guerra entre nosotros, secular, implacable. Ya estás viendo, la iglesia es muy pequeña, es pobre, es fea, tiene un confesonario y un púlpito de abeto, un baptisterio de yeso, altares formados con cuatro tablas, que yo mismo he vuelto a pintar. ¡Qué importa! es inmensamente más grande que tu jardín, que el valle, que toda la tierra. Es una fortaleza temible que nada derribará. Los vientos y el sol, y las selvas y los mares, todo cuanto vive, en vano emprenderán el asalto, que ella permanecerá en pie, sin ser siquiera conmovida. Sí, que las malezas crezcan, que sacudan las paredes con sus espinosos brazos y que los millares y millares de insectos salgan de las resquebrajaduras del suelo para ir a corroer los muros; la iglesia, por ruinosa que se halle, no será nunca arrastrada en tamaño

desbordamiento de la vida. Es la muerte inexpugnable... ¿Y quieres saber lo que acontecerá un día? La pequeña iglesia llegará a ser tan colosal, esparcirá sombra tan grande, que toda la naturaleza quedará anonadada. ¡Ah! la muerte, la muerte de todo, con el cielo abierto para recibir nuestras almas, por encima de los abominables restos del mundo!

Gritaba y empujaba violentamente a Albina hacia la puerta. La joven, en extremo pálida, retrocedía paso a paso. Cuando el sacerdote dejó de hablar, ella, con voz ahogada, dijo gravemente:

—¿Es decir, que todo ha concluído, que me arrojas?... Y sin embargo, soy tu mujer. Tú eres quien me has hecho. Dios, después de haberlo permitido, no puede castigarnos hasta tal punto.

Estaba ya en el umbral y agregó:

—Escucha: todos los días, al ponerse el sol, voy al extremo del jardín, al sitio en que la pared está derruída... Allí te espero.

Y desapareció. La puerta de la sacristía se cerró como con un ahogado suspiro.